

La historiografía en la “era de la globalización”: una contextualización necesaria

Liliana Regalado de Hurtado
Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Los antecedentes

En un mundo afectado por numerosas crisis, entre ellas las de carácter económico (Bazán Díaz 1995: 85), y por el surgimiento de pensamientos filosóficos que dieron la base teórica, durante el siglo XX se vio emerger las nuevas maneras de emprender el trabajo histórico. En efecto, desde la tercera década del siglo que no hace mucho acaba de concluir, se dio paso a una historia centrada en lo económico que pretendía buscar en el estudio de la dinámica económica coyuntural la explicación no solo del presente sino del pasado. En realidad, ello no fue sino una parte de la que puede ser llamada la “revolución historiográfica del siglo XX” que, evidentemente, estuvo asociada a la influencia ejercida por el marxismo a través del materialismo histórico y también al aporte significativo surgido de los planteamientos de quienes se hallaron asociados a la llamada escuela de los *Annales*. En suma, se trató de cuestionamientos bastante fuertes al concepto positivista de la historia heredado del siglo XIX y que había llevado a la disciplina histórica a adquirir las características de narrativa, factual, política y biográfica. De esta forma se reivindicaba una historia diferente, una historiografía marcada por la formulación de hipótesis y por el establecimiento de regularidades; una disciplina orientada a la comprensión del pa-

sado pero con afanes interpretativos e insatisfecha con la mera acumulación de información.¹

El marxismo tuvo en común con el positivismo la pretensión de ser una manera científica de hacer historia, pero debe reconocerse que el materialismo histórico suponía una interpretación de la historia de la que careció el positivismo historicista (por lo menos de manera articulada). Además, el pensamiento marxista dotará al socialismo de una teoría de la historia propia, y el materialismo histórico aludirá a la importancia de lo histórico en la vida social. Desde esa perspectiva, la historia será en realidad el discurrir de la lucha de clases (Rama 1989: 64) y las causas finales de todo cambio reposarán en los distintos modos de producción en cada fase de la historia.

Surge de esta manera una historiografía de corte o de influencia marxista en el curso del siglo XX, pero heterogénea en su desarrollo y también caracterizable por naciones, considerando además que el término "marxismo" puede aludir a diversas cosas, es decir, a las concepciones originales de Marx y Engels, a la actividad práctica y a la presencia política de sus discípulos o también a las reelaboraciones y reinterpretaciones teóricas de la doctrina marxista (Aguirre Rojas 1993: 37-38).

Lo cierto es que la influencia del marxismo en la historiografía (no solo entre los historiadores marxistas) ha estado basada, en primer lugar, en su teoría general, es decir en el concepto materialista de la historia con sus alusiones y esbozos de la configuración general del desarrollo histórico de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo. En segundo término, en sus observaciones concretas relacionadas con aspectos particulares, problemas y periodos del pasado. Y en tercer lugar, en su aporte de una terminología que resultó útil, y por ende alcanzó a ser bastante difundida. La visión materialista de la historia ofrecida por el marxismo dio pie para el surgimiento y desarrollo de la historia económica y generó

¹ Pese a la importancia y gravitación de los *Annales* en ese momento y en las décadas siguientes, no se debe dejar de considerar el rol de publicaciones inglesas como *Economic History Review* y *Past and Present*, revista esta última que alcanzó gran importancia, aunque su mayor peso se dejó sentir en los Estados Unidos.

asimismo nuevos enfoques para la historia social. Como ya se mencionó, desde el marxismo se hizo una dura crítica a la historia de corte empirista. Sin embargo, el hecho mismo de considerar el carácter científico de la historia, así como la búsqueda de causas y constantes en el proceso histórico deben llevar a que admitamos que el marxismo no pudo despojarse del todo de la influencia de la ciencia y de la historiografía decimonónica, y que conservó del positivismo el empleo del llamado aparato crítico, es decir, el uso de fuentes consideradas, previo examen, veraces y auténticas.

Sin embargo, como hemos dicho, en los cambios operados tuvo también que ver la historiografía francesa y, particularmente, la llamada escuela de los *Annales*, gravitante en la historiografía del siglo XX desde el periodo de entreguerras hasta casi el inicio de la última década de dicha centuria. Puede considerarse que la historiografía vinculada a la revista *Annales* fue, en su momento, parte de los cambios que ya se advertían en la historiografía occidental, como por ejemplo la declinación de la influencia de la historiografía germana y austriaca. Es interesante observar cómo la llamada escuela de los *Annales* ha pasado por distintas etapas para, finalmente, mostrar su heterogeneidad.² A través de esa tendencia, las historiografías francesa y, en general, las occidentales alcanzaron una gran apertura

² Es importante señalar que el marxismo y la que llamamos tendencia de los *Annales* no resultan para nada equiparables, pues en el primer caso se trata de un pensamiento filosófico que desde su interpretación de la realidad se aplica a la teoría de la historia y a la práctica política y social a través de una ideología. Los historiadores y científicos sociales agrupados en torno a la revista francesa fundada en 1929, en cambio, desarrollaron metodologías aplicables a diversos segmentos de los estudios históricos y apenas esbozaron aspectos de una teoría de la historia, como su manera de entender las categorías de tiempo y espacio. Ello, sin embargo, no puede hacernos olvidar su enorme aporte a la historiografía de la vigésima centuria. Marx, Weber y Durkheim inspiraron las tres grandes escuelas históricas de Occidente en el siglo XX: el marxismo empezó con el diagnóstico tajante de Marx, los *Annales* reflejaron el énfasis que Durkheim dio a los procesos sociales entendidos a largo plazo, y la propuesta desarrollada entre 1950 y 1960 en los Estados Unidos que se conoce como la *Modernization Theory* muestra el impacto de los estudios comparativos de Weber acerca de los orígenes de la modernidad. Véase Appleby, Hunt y Jacob (1998: 82).

hacia otras disciplinas, siendo un ejemplo de ello su contacto con la geografía; seguramente debido al hecho de que entre finales del siglo XIX y comienzos del XX se produjo en Francia una verdadera renovación de dicha ciencia.³ Es preciso indicar que, en suma, los trabajos de los sociólogos, filósofos, artistas y críticos literarios tuvieron durante el siglo XX un impacto considerable en las nuevas concepciones del tiempo aceptadas por la disciplina histórica. Por ejemplo, la idea de la multiplicidad de los tiempos sociales, elaborada por Maurice Halbwachs (en 1925 y 1950) fue el punto de partida de la reflexión de Braudel sobre la larga duración expuesta en 1958 (Le Goff 1991: 57-58).

En general, bajo estas principales influencias toma cada vez más cuerpo la idea de que el verdadero objeto de la historia es la vida del hombre en sociedad; en este sentido hay que recordar que el marxismo ejercía influencia entre varios historiadores de esa época, lo que explica su vocación de interpretación universal aunque algunos se colocan a cierta distancia de la doctrina marxista o la reinterpretan en la medida en que van elaborando sus trabajos. Así, desde diferentes perspectivas se recusó el positivismo, e historiadores de diferentes lugares (Alemania, Inglaterra, Estados Unidos) levantaron sus voces contra esa historia, que se empezó a llamar "tradicional". Esto, no solo porque privilegiaba el estudio de los acontecimientos políticos, sino también por considerársela asociada al llamado "vicio interpretativo del historicismo", pues su visión compartida resultaba ser la idea de que "todo influye sobre todo" y de que no hay partes de la estructura social global más determinantes que otras; de ahí que la síntesis ofrecida no fuera sino un catálogo, simple yuxtaposición de factores, sectores o hechos individuales (Cardoso y Pérez Brignoli 1976: 8). De cualquier manera, pese a que tales críticas tenían fundamento, no puede dejar de reconocerse que la virtud del historicismo fue su acento humanista. Un aspecto negativo fue que, sin embargo, no supo responder a la demanda de acción o *praxis* social que

³ Destacan entonces el inicio de la publicación de los *Anales de Geografía* y la figura de Vidal de la Blache, quien recupera los planteamientos de Von Humboldt sobre la observación directa de la naturaleza, o de Ritter acerca de las relaciones entre naturaleza e historia (Romano 1997: 37).

más bien caracterizaría a la propuesta marxista, o a la búsqueda de regularidades y al enfoque centrado en el conjunto social. La corriente de los *Annales* sí atendió a esto último, ofreciendo una visión de historia total, pero que se diferenciaba de la propuesta marxista.

Pese a todo, inmediatamente después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, todavía la historia siguió entendiéndose como "cierto tipo de ciencia" cuyos frutos entonces fueron la historia económico-social, estructural y objetivista. De todas formas, y siguiendo a Ricardo Forster, hay que indicar que, por aquel entonces, se produce lo que se puede calificar como una suerte de aceleración de la historia, en el sentido de un cambio profundo de época; no solo una transformación que involucró el discurso filosófico, ni que solo tuvo que ver con el desarrollo científico y tecnológico, sino que alcanzó la realidad política, social y económica. Modificaciones importantes en la dimensión estética, cambios radicales en los paradigmas científicos de la modernidad: "Un tiempo de derrumbe, de disolución, de crisis, y al mismo tiempo, una época que comienza a plantearse nuevas perspectivas y nuevos horizontes" (Forster 1999: 166).

Dentro de este contexto general se ubica la llamada "segunda época" de los *Annales*. Si en el primer momento se aspiró fundamentalmente a una historia comprensiva y total, en diálogo con otras disciplinas, en el segundo se realizan progresos interesantes,⁴ como la relación más estrecha con el marxismo (sobre todo al que se ha llamado de "corte mediterráneo", es decir, más libre, creativo y especulativo); y una nueva manera de concebir y manejar el tiempo histórico, particularmente a

⁴ Ese segundo momento vino precedido, en el ambiente de los *annalistas*, por una década de transición, es decir, desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1956, año de la muerte de Lucien Febvre. Hay que mencionar también que en 1947 los *annalistas* habían fundado La Escuela de Altos Estudios (*École Pratique des Hautes Études*). Aceptaban a estudiosos no necesariamente titulados y también se admitía a extranjeros, hecho que sin duda contribuyó a que la institución se diese a conocer fuera de Francia. Bajo la presidencia de Braudel, entre 1956 y 1972, aumentó notablemente el número de profesores y se desarrolló plenamente el proyecto de una apertura de la historia a las ciencias sociales y humanas, como también al psicoanálisis, sobre la base de la enseñanza y de la investigación.

través de la noción de estructura, pretendiendo que se constituyera en un principio de causalidad interna entre los fenómenos históricos de mayor alcance que la superficial narratividad de la historia-relato positivista (Vidal Jiménez 2000: 6). El enfoque braudeliano del tiempo se concebirá como una verdadera clave para entender el curso de la historia, de esa historia global que se pretendía abarcar; y también se hablará entonces (particularmente lo hará Braudel) de las estructuras y de los modelos interpretativos entendidos como instrumentos de investigación y conocimiento contruidos por el historiador, particularmente útiles para descubrir las relaciones estrechas y constantes entre los fenómenos. Asimismo, los hechos históricos serán concebidos no como individualidades, sino como elementos que conforman unidades complejas.

Pese a los cambios mencionados y al mejor acercamiento de los *Annales* al marxismo, las críticas desde esta tendencia no se hicieron esperar, ya que la ortodoxia marxista consideró que la propuesta de los *Annales* seguía los moldes de la historiografía tradicional.

El proceso de transformación en la historiografía del siglo XX no fue parejo, encontrándose propuestas disímiles, debiéndose recordar que, por ejemplo, en la historiografía en los Estados Unidos de la posguerra, es decir a partir de 1945, se produjo una reacción en contra de las implicancias relativistas de la historiografía progresiva norteamericana y, en buena cuenta, algunos historiadores estadounidenses miraron nuevamente el positivismo con simpatía, pues se orientaron a desarrollar metodologías que fueran capaces de producir resultados verificables aunque, eso sí, a partir de diferentes perspectivas. Un caso distinto fue el que tuvo lugar en Francia, más bien en la década de 1960, debido a la aceptación del estructuralismo, pues se entendía que a través de esta tendencia se alcanzaría un saber liberado de los residuos del idealismo. En efecto, para su mentor Claude Lévi-Strauss, dado que antropología e historia estudian otras sociedades (diferentes a aquella en que se vive), ambas resultaban ser ciencias de la diversidad. También se planteó desde el estructuralismo que la historia solo estudia la diversidad en el tiempo con el defecto de considerar *a priori*, desde un etnocentrismo occidental, que puede comprender a

los demás. Por eso, el estructuralismo introdujo la idea de la desigualdad o diversidad de las culturas humanas y además, aplicado a la historia, facilitó la incorporación de criterios propios de otras disciplinas sociales, en su búsqueda de la que consideraba sería una mejor comprensión del pasado (Corcuera de Mancera 2000: 196). El estructuralismo proponía una penetración que permitiera alcanzar las estructuras de las sociedades en el entendimiento de que cada una de ellas poseía una lógica y coherencia propias. Los planteamientos hechos por Lévi-Strauss y los seguidores del estructuralismo marcaron la distinción entre sociedades tradicionales y modernas sobre la base de su percepción del tiempo y la manera de entender el cambio.

2. La “nueva historia” y sus formas

De esta manera, y además por acción de otros factores que no podemos abordar en este texto,⁵ alrededor de la década de 1970 en la historiografía occidental no solo se habían operado cambios importantes, sino que se produjo una consolidación de los mismos a través de la llamada “nueva historia”,⁶ uno de cuyos principales sustentos fue la noción de que la realidad está social y culturalmente constituida. Lo cierto es que la “nueva historia” terminó siendo definida más bien por oposición, y además abrazó una variedad de formas y posturas, por lo que puede ser caracterizada de la siguiente manera:

- Asociada con la escuela de los *Annales*;
- Una reacción en contra de la anterior historiografía basada en el paradigma positivista de corte “rankeano”;
- Con variedad de perspectivas; y

⁵ Un análisis más extenso ha sido hecho en Regalado de Hurtado (2002).

⁶ Fue más conocida en Francia ya que en la década de 1970. *La nouvelle histoire* fue el título de la colección de ensayos editados por el medievalista Jacques Le Goff, quien también contribuyó para que se publicase una serie de ensayos históricos referidos a “nuevos problemas”, “nuevas aproximaciones” y “nuevos objetos”.

- Todavía una historia total y estructural (Regalado de Hurtado 2002).

En suma, a la nueva historia le concierne virtualmente cada actividad humana, ya que considerará cada vez más sustantivamente aquellos tópicos que fueron tenidos como marginales o complementarios, no solo en la historiografía tradicional sino también de alguna manera en la historiografía que inicialmente recusó al positivismo y que puso mayor énfasis en procesos y fenómenos sociales. La nueva historia tomará como sujetos a quienes anteriormente se les había asignado un rol menor en el curso de la historia, dejando también de lado su punto de vista; lo cual irá unido a su énfasis en los temas relacionados con el cambio social. Otra cuestión importante es que se medirán adecuadamente las limitaciones de una historia basada en documentos y registros oficiales, sobre todo porque los nuevos temas y perspectivas, así como la incorporación del hombre común como sujeto de la historia, exigirán una mayor y más variada cantidad de testimonios: visuales, orales, cuantitativos, etc.

Así las cosas —según lo señala Lawrence Stone— en los últimos treinta años se han dado tres clases diferentes de historia científica, basadas todas ellas no en nuevos datos, sino en recientes modelos y distintos métodos: modelo económico marxista, modelo ecológico demográfico francés; y metodología cliométrica americana.

Un asunto de la mayor importancia en la actual historiografía occidental es el desenvolvimiento de la denominada historia cultural, ya que en gran medida es el resultado de buena parte de los debates y propuestas desarrollados particularmente en la segunda mitad del siglo XX. Difícil de definir, ha sido considerada con frecuencia similar a la llamada historia de las mentalidades, la misma que adquirió importancia entre los años setenta y ochenta del siglo XX. No tiene hasta ahora una definición unívoca. Ha funcionado más bien como un término descriptivo y connotativo que alude a un vasto e impreciso campo problemático en el que se incluyen desde comportamientos y gestos cotidianos hasta el llamado inconsciente colectivo, pasando por emociones y creencias populares, las formas de conciencia, los *epistemes* que subyacen a la construcción discursiva, las estruc-

turas ideológicas o los imaginarios sociales, entre otros. Se considera a Le Goff uno de sus más importantes representantes (Aguirre Rojas 2000: 134). Como era de esperarse, en las últimas décadas del siglo XX la historia de las mentalidades se ha aproximado a la antropología, y por esa causa Robert Darnton la llama "historia cultural", dado que observa que en ella se trata a nuestra civilización de la misma forma como los antropólogos estudian las culturas extranjeras. Vale decir una historia con espíritu etnográfico (citado en Bianchi 1996).

No debe llamar la atención este fenómeno, si se toma en cuenta que el mundo más conectado y mejor comunicado de finales del siglo XX se vio en la necesidad de reconocer, de manera creciente, diversidades de todo género, y entre ellas las de carácter cultural. Junto con ello se produjo, con mayor énfasis tal vez que en la mitad de siglo, la admisión no solo de tales diferencias sino de su carácter sustantivo y de su validez, dándose espacio para las propuestas de interculturalidad.

Según opinión de Peter Burke, en primer lugar la historia cultural es cada vez más necesaria debido a la fragmentación, especialización y relativismo actuales, señalando también que, al parecer, hemos experimentado un redescubrimiento de la importancia de los símbolos en la historia. Admite que debido a las críticas a la historia cultural "clásica" (la de Burckhardt o Huizinga) es ahora indispensable practicar una historia cultural diferente. Por esas razones, escribe que ha surgido una "nueva historia cultural" o modelo antropológico de historia cultural gracias a cierta influencia de la antropología en la historia y de historiadores o estudiosos ex marxistas. Estos, debido a que en el pasado encontraron atractivos algunos aspectos del marxismo, no pudieron cultivar adecuadamente este tipo de historia puesto que para la "ortodoxia" marxista la cultura era solo la superestructura. Como ha dicho Burke, eso hizo que los marxistas interesados en la historia cultural quedaran entonces en una posición marginal.

Añade Burke que la historia cultural es ahora también una traducción cultural del lenguaje del pasado al del presente, de los conceptos de los contemporáneos a los de los historiadores y sus lectores. Su objetivo es hacer la "otredad" del pasado visible e inteligible. Esto no significa que los historiadores deban

tratar el pasado como si fuera completamente ajeno, pues más que pensar en una oposición binaria (Yo y el Otro), debería hacerse en grados de distancia cultural y, por consiguiente, adquirir una doble visión: ver a los individuos del pasado diferentes de nosotros (para evitar imputarles anacrónicamente nuestros valores); y al mismo tiempo, verlos como a nosotros en su humanidad fundamental (Burke 2000: 241-143).

No vamos a ocuparnos de estas historiografías, pero debemos señalar que más allá de estas tendencias más amplias resulta interesante advertir cómo, durante la década de 1980, la historiografía atravesó crisis tanto de crecimiento cuanto de paradigmas.

3. La "era de la globalización"

En el siglo donde el tiempo se llena de acción eficaz, donde la historia se acelera vertiginosamente, parece oportuno captar el fundamento último de la diversidad de ritmos de la vida, el pensamiento y la acción, puesto que esa diversidad solamente representa un obstáculo para la comprensión cuando su razón de ser permanece oculta. Y esa comprensión es urgente, ya que la historia, al hacerse cada vez más englobante, arrastra en su dinamismo períodos vividos de formas diferentes, pero forzados a una sincronización inevitable. (Ricoeur 1979: 9)

El fenómeno denominado globalización no tiene que ver necesariamente con uniformidad o totalidad homogénea sino que, asociado sobre todo al desarrollo vertiginoso de tecnologías para la información, provoca una eficaz comunicación a escala mundial de manera antes desconocida, y marca por ello la interconexión de grupos y sociedades diversas en todos los niveles.

Por eso no resulta extraño que, entre los años de 1988 y de 1989, en la revista de los *Annales* se echara un vistazo acerca de la manera cómo se venía haciendo historia, admitiéndose que la disciplina se encontraba en una posición de encrucijada junto con la crisis de su relación con otras ciencias sociales. Se explicaba el auge de la microhistoria no solo como una respuesta a los procesos de globalización y a la existencia de grandes es-

estructuras, sino a que en ese tiempo de incertidumbre se entendía también el surgimiento de nuevas tendencias. Poco tiempo después los editorialistas de la revista añadían que la historia social había extraviado al individuo y su autonomía en medio de explicaciones científicas basadas en procesos causales. Se postulaba, por consiguiente, la necesidad de entablar nuevas alianzas con otras ciencias sociales para enmendar dicha pérdida. El argumento era el de que un proceso social remite a una multitud de experiencias existenciales, individuales e irreductibles (Piqueras 2000: 125).

Ello significó un reimpulso de la anterior propuesta de los *annalistas*, sobre todo en lo concerniente al diálogo interdisciplinar, a lo que se añadía justamente una perspectiva desde abajo, desde la realidad del “hombre común”, pero bajo el entendimiento de que había que abordar también lo subjetivo, la experiencia particular, sin olvidar, claro está, al grupo o a la sociedad. En ese sentido, bien se puede considerar que el campo era propicio para una revalorización de lo individual y también de la narrativa, esto último en el aspecto formal de la exposición de lo histórico.

4. La historiografía finisecular

En medio de las circunstancias descritas se produjo en la historiografía una fragmentación que no solo fue temática sino que generó una suerte variada de subdisciplinas (todas motejadas como históricas), y también ocurrió el decaimiento de las “escuelas”, generándose, en suma: individualismo historiográfico; identificación de los historiadores más bien por áreas temáticas o por países (historiografías nacionales); y tendencia a la mundialización de la historiografía por la intensificación de los contactos internacionales (Barros 1995: 115).⁷ Este panorama puede

⁷ Radical resulta la visión de Juliá, quien dice lo siguiente: “Donde antes existía una concepción de la historia, un paradigma científico que unificaba la investigación y un claro objetivo del trabajo histórico, hoy reina la dispersión de concepciones. El desmigajamiento de temas, la pluralidad de métodos y caminos y la falta de un claro propósito” (Juliá 1995: 143).

ser descrito también con exageración y, por lo tanto, caricaturizar la realidad, como adrede lo hizo John Elliot como punto de partida para reconocer, por el contrario, que la historiografía finesecular se caracteriza por el profesionalismo de las nuevas generaciones de historiadores (en cuanto al manejo de técnicas y su control en el manejo de las evidencias) más allá de lo alcanzado por los llamados maestros del siglo XIX. Elliot encuentra que en algunos de los trabajos más recientes destaca la "brillantez de la creatividad", en particular para hallar vías de penetración en los mundos privados del género o de la familia, por ejemplo (Elliot 1995: 9).

Si lo que ha venido caracterizando a la ciencia contemporánea ha sido su apertura a la permanente transformación, la conciencia del cambio y la aceptación más franca de la innovación entre los científicos como fenómenos que han acompañado la llamada crisis de los paradigmas modernos, ello indudablemente significó el cuestionamiento de sus principales presupuestos filosóficos; vale decir, las ideas acerca de una razón universal y la posibilidad de un lenguaje perfecto y unívoco capaz de reflejar las operaciones de la razón y, por consiguiente, permitir la existencia de una ciencia carente de ambigüedad. Resulta evidente que todas estas cuestiones han concernido también a la disciplina histórica durante el último cuarto de siglo. Se tiene que admitir que el componente positivista impregnó los distintos géneros historiográficos durante todo el siglo, manteniéndose viva la discusión acerca de cuestiones teóricas y metodológicas no solamente entre los historiadores, sino también entre los representantes del resto de las disciplinas humanas. Es decir, que el curso del desarrollo de la disciplina histórica se ha orientado a satisfacer la necesidad de efectuar cambios radicales que permitieran dejar de lado de manera definitiva el narrativismo y el apego a la historia puntual y detallista de antiguo cuño; lo mismo que a concretar una historiografía cuya característica fuera entonces la revalorización tanto del sujeto cuanto de la narrativa, sin que ello impidiera que, al mismo tiempo, se volviera a tomar el gusto por la biografía, la prosopografía y la microhistoria. Al haberse formulado preguntas, en un diálogo interdisciplinario que involucró a la historia, la lingüística, la antropología y la filosofía, tal vez

una de las cuestiones más interesantes haya sido interrogarnos si nos hallamos encerrados en nuestro propio discurso; y si este, por más científico que sea, representa una de las tantas narrativas sobre la historia y la cultura de otras sociedades. En efecto, tanto los multiculturalistas cuanto otros críticos de la modernidad han cuestionado la validez del sentido occidental y estandarizado del tiempo, objetando que no se tomen en cuenta las versiones alternativas de otras culturas o las tradiciones orales (Appleby, Hunt y Jacob 1998: 76). En el caso de la disciplina histórica las perspectivas que consideraban los enfoques “desde abajo”, “la visión de los vencidos” o “la idea del otro” tomaban en consideración estos planteamientos, sobre todo al configurarse las denominadas “antropología histórica” y la “ethnohistoria”, que en su momento fueron muy valiosas sobre todo para empujar los cambios necesarios. Estos hechos se pudieron observar en nuestra historiografía latinoamericana y peruana.

A finales del siglo XX destacan nítidamente dos tendencias surgidas de la relación del historiador con su objeto de estudio. Una sería la nominalista, según la cual el hecho histórico, como cualquier otro hecho científico, se construye y esta construcción se hace desde los intereses del presente del historiador que investiga. De esta forma, se entiende que la historia contiene en sí misma un conjunto de discursos sobre el pasado que no hacen sino poner en evidencia lo que desde su presente los propios historiadores concibieron, y así el discurso que hoy existe es uno más, no uno privilegiado ni el que imponga la verdad sobre los demás. La otra tendencia suele llamarse “realista”, porque concibe el pasado como una realidad que el historiador debe restaurar, y construir de esa forma un saber positivo (Rodríguez 1998: 73-74). Por eso, no se puede decir que no quedan rastros del positivismo del siglo XIX y de la primera parte del XX.

En fin, las grandes líneas o características de la historiografía actual podrían resumirse de la siguiente manera:

- Análisis y cuestionamiento de los paradigmas historiográficos del siglo XX;

- Retorno de algunos géneros tradicionales desde un renovado enfoque; y
- Surgimiento de consensos que cimentarán la estructura y el sentido de la historia del presente siglo (Cariño 2001: 2 y ss.).

También es preciso señalar que en la última década de la vigésima centuria han surgido nuevas inquietudes, ya que en ciertos círculos académicos se renovaron las propuestas para desarrollar una historiografía dirigida a cumplir el compromiso social del historiador, cuestión que si bien anteriormente había resultado de las propuestas del marxismo, ahora se planteaba desde una perspectiva diferente y global (Regalado de Hurtado 2002). Así se explica, junto a otros factores, por qué en el siglo XX la conexión entre historia de las mujeres y política no solo fue obvia sino también compleja. Su punto de partida fue el de las políticas feministas cuando hacia 1960 las activistas del feminismo clamaron por una historia que las proveyera de heroínas, pruebas de las obras de las mujeres y explicaciones acerca de su opresión, a la vez que fuera inspiración para la acción. Al final de la década de 1970 ya se había llegado a una historiografía que buscaba documentar todos los aspectos de la vida de las mujeres en el pasado. Finalmente se ha arribado a la historiografía de género a partir de la década de 1980, significando una ruptura con la política ya que género es en buena medida un término neutral separado de propósitos ideológicos inmediatos. En suma, esta historiografía ha seguido un camino desde el feminismo al tema de las mujeres y finalmente al género. Es decir, de la política al análisis histórico especializado.

De cualquier manera, ello no significa que se haya roto todo vínculo entre historiografía de género y política, pues muchas investigadoras continúan teniendo una clara militancia política. Se entiende la palabra política en varios sentidos: primero, en su uso tradicional vinculado a las actividades que tienen que ver con el gobierno, los asuntos públicos, las identidades colectivas, estrategias, movilización de recursos, etc. Segundo, en las relaciones de poder y sus estrategias para mantenerlo o enfren-

tarlo; y tercero, aplicada a las prácticas para reproducir o cambiar las ideologías (Scott 1993).

Otro tema a contemplar es el referido al empleo de medios literarios en la historiografía reciente, pero partiendo de la convicción de su desvinculación con cualquier epistemología realista y con la ilusión de que el quehacer histórico permitiría representar, según el viejo concepto de veracidad, lo acontecido en el pasado. En efecto, ahora se está bastante lejos del empirismo ingenuo y de la noción de verdad histórica que caracterizó a la historiografía tradicional. En tal sentido, también hay que tomar en cuenta que tampoco se niega que la invención desempeña un papel importante en las operaciones del historiador, ya que, por ejemplo, el mismo hecho puede servir como un elemento de distinto tipo en muchos relatos históricos diferentes, dependiendo del lugar que se le asigne en una caracterización de motivos específica del conjunto al que pertenece.⁸ De todas maneras, resulta pertinente insistir una vez más en el hecho de que todavía, al final de la centuria y a pesar de todos los cambios y las discusiones que han tenido lugar, el positivismo ha seguido dejando su huella en nuestros trabajos y, por consiguiente, no resulta fácil establecer la cabal medida de las transformaciones, sobre todo las ocurridas en el último tercio del siglo XX, ya que el proceso se encuentra en pleno curso, a pesar de las voces que proponen lineamientos para ensayar el establecimiento de un perfil definitivo de la historiografía actual.

Otro asunto que es necesario destacar es el que se refiere al carácter académico e institucional alcanzado por la historia, ya que es una disciplina cultivada en universidades y diferentes centros de investigación (abarcando formación, investigación y enseñanza). En segundo término, a estas alturas no cabe duda alguna acerca de que existe en la sociedad un perfil claro del

⁸ No debemos olvidar cómo se ha explicado por un lado “el retorno de la narrativa” en la historiografía actual —tal es el caso de Stone (1981: 114)— o el punto de vista contrario, cuyo ejemplo puede ser Philippe Carrard. Este autor publicó en 1992 *Poetics of the New History*, trabajo en el que señala que los historiadores siguen buscando los orígenes, describiendo cambios y estableciendo cronologías recurriendo a la narración, la misma que no ha sido dejada de lado debido a su falta de interés por la teoría literaria en general y la teoría narrativa en particular.

historiador *per se* (profesional o de oficio), es decir, dedicado solo al cultivo del saber histórico, lo que no quiere decir que no encuentre posible desarrollar actividades diversas sino todo lo contrario, aunque haciéndolo siempre en tanto historiador. Finalmente, la sociedad asigna al conocimiento histórico una función y un carácter que ya no se agota en el simple acto de "saber acerca del pasado", sino que abarca la comprensión del tiempo pretérito lo mismo que del presente, además de funciones sociales como aquellas relacionadas, por ejemplo, con el sustento y configuración de la identidad colectiva, con el esclarecimiento de situaciones concretas a través de un análisis de larga duración, etc. Así pues, conforme lo señala Todorov (2000: 52-53), también en la sociedad actual se manifiesta un creciente y evidente interés por el pasado, que dicho autor llega a denominar "culto al pasado", motivado por razones diversas, algunas de carácter altruista y otras más bien egoístas.

5. Una mirada general a nuestra historiografía

Debemos considerar nuestra historiografía latinoamericana, y particularmente peruana, en los últimos veinticinco años dentro de este contexto, es decir, perteneciendo a la historiografía occidental. Siguiendo con cierto retraso el curso de la historiografía occidental contemporánea, a partir de la década de 1970 se introducen en la historiografía peruana nuevos tópicos. Las cuestiones sociales y no solo la economía concitan el interés de los historiadores: los campesinos, las mentalidades, nuevos análisis sobre las instituciones, etc. No olvidemos que estos historiadores escribieron durante la época del gobierno militar y, además del basamento teórico manejado por cada uno de ellos, en la elección de sus temas ejerció notable influencia el momento político que se vivía en nuestro país. Así pues, un conjunto amplio de historiadores de distintas generaciones y aplicando diferentes perspectivas de análisis coincidió, en la década de 1970, y en adelante, en un tema común: "el mundo andino", desarrollándose así muchas monografías y obras más extensas que se referían a esa temática, desde la historia prehispánica hasta la contemporánea. Hubo un interés manifiesto por dar a

luz fuentes documentales y orales que facilitaran el trabajo de los historiadores sobre todo en lo tocante a la materia señalada. La perspectiva interdisciplinaria y en diálogo con la antropología en unos casos y con la economía en otros, así como la influencia de las perspectivas marxista y estructuralista, alimentaron en mucho nuestra producción historiográfica. Se publicaron nuevas revistas, no solo históricas sino de las diferentes ciencias sociales, destacando el hecho de que en casi todas ellas aparecieran trabajos históricos.

En general, esta nueva historiografía peruana emprendió la revisión de las fuentes tradicionales, el empleo de nuevos métodos de trabajo, como el etnohistórico, y una visión crítica de la historiografía precedente. Esta última tuvo más bien un carácter práctico y poco se publicó en lo que se refiere a estudios o reflexiones teóricas y metodológicas, aunque sí se produjo, de manera aislada, alguna discusión, por ejemplo entre la historiografía de ascendiente marxista y la "nueva historiografía peruana", cuando la segunda planteó la noción de "lo andino".⁹

Un buen grupo de historiadores desarrolló una historia económica que dio lugar a numerosas obras en las cuales la producción, el mercado, etc., fueron cuestiones sustantivas para enfocar temas sociales, políticos y aun religiosos de nuestro pasado. Sin embargo, como ya se ha dicho, fue notable la escasez de estudios teóricos y metodológicos que vinieran de los propios historiadores.¹⁰

Lo cierto es que la influencia de la perspectiva de los *Annales* y los enfoques de la historiografía inglesa (sobre todo de influencia marxista) y norteamericana se hicieron evidentes en numerosos trabajos que, con nitidez, dejaban atrás la anterior historia política e institucional para optar por el estudio de los

⁹ Más adelante, algunos trabajos, sobre todo en los casos de Alberto Flores Galindo y de Manuel Burga, buscaron ofrecer interpretaciones históricas desde la perspectiva del marxismo. Véanse, por ejemplo, Burga (1990) y Flores Galindo (1986).

¹⁰ No puede dejar de mencionarse que hubo ciertos esfuerzos, no por ocasionales menos importantes, como los de Basadre (1973) o Franklin Pease (1976-1977 y 1977), por mencionar un par de importantes ejemplos.

grupos y movimientos sociales, lo que ocasionó la revisión de temas importantes relacionados con eventos históricos como la rebelión de Túpac Amaru o la guerra del Pacífico, por citar un par de ejemplos; lo mismo que el accionar de grupos e instituciones como gremios, campesinado, Iglesia, etc.

Sin embargo, puede decirse que la llamada "historia cultural", conforme a sus características y según el proceso que siguió ha sido limitada en nuestro medio. No ha sucedido exactamente lo mismo con la llamada perspectiva de género aplicada a la historia en lo que concierne no tanto a la cantidad de trabajos publicados sino a la importancia adquirida en nuestra historiografía, pese a que no se ha seguido bien el ritmo del desarrollo que "los estudios de género", han tenido en el ámbito de las ciencias sociales o en la historiografía en otras partes del mundo. En efecto, no se han realizado estudios históricos considerando la noción de "construcción del género" o solo se ha trabajado el género estrictamente vinculado a la historia de las mujeres, cuando en sus aspectos relacionales ahora se usa en otros lugares la perspectiva considerando a los varones y la noción de masculinidad.

El sentido de la interdisciplinariedad se asimiló de manera tal que no llamó la atención que desde alrededor de la década de 1990 en adelante aparecieran trabajos de psichistoria o de ecohistoria, por citar dos casos. De cualquier forma, estas publicaciones no han sido hasta ahora sino esfuerzos más bien aislados. Una perspectiva más prometedora parece tener, en nuestro medio, el cultivo de la historia de la ciencia y la tecnología (que a su vez otorga una nueva dirección a la tradicional biografía histórica), o la historia del derecho (ahora con mayor orientación hacia una historia social). Se han mantenido presentes los trabajos históricos de síntesis, algunos abordando cuestiones institucionales (de mediana y larga duración), y otros enfocándose en alguna historia regional.

Temas sobre violencia, ideología y partidos políticos, poder y autoritarismo, grupos étnicos, historia urbana, etc., han formado parte de nuestra historiografía, sin lugar a dudas, siguiendo las urgencias y las motivaciones del curso histórico de los últimos veinticinco años. Finalmente, resulta interesante tener en cuenta que se hicieron durante este periodo algunos

ensayos de una nueva historia narrativa, siguiendo el paso de esfuerzos similares y en medio de la profusa discusión interdisciplinaria de nuestro tiempo, que ha tenido lugar fuera de nuestro país.

5.1 *La historiografía peruana del siglo XX*

Marcada todavía por la concepción positivista de la historia hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX, nuestra historiografía sufrió un importante viraje a partir de la década de 1970. Fue una época en la que se discutió la teoría de la historia y se fueron renovando y enriqueciendo los métodos, de manera tal que se concedió mayor importancia al contacto de la disciplina histórica con las demás ciencias del hombre. Bajo la influencia del marxismo, la orientación marcada por la tendencia de los *Annales* y el desarrollo de la historiografía anglosajona, los trabajos de los historiadores peruanos se renovaron, también en concordancia con lo que iba ocurriendo en la historiografía latinoamericana.

5.2 *La historiografía de la primera mitad del siglo XX*

Durante mucho tiempo los temas de la Independencia, de la Confederación Peruano-Boliviana y de la Guerra del Pacífico, así como también una historia especializada en la actividad militar en nuestro país seguía inundando el panorama de nuestra historiografía. Esta mostraba una tendencia conservadora y no existía en realidad un perfil bien delineado del “historiador profesional o de oficio” que conocemos ahora; es más, hasta la primera mitad de nuestro siglo los historiadores tenían una importante formación humanística pero habían seguido otra carrera o practicaban paralelamente una actividad diferente, siendo en su mayoría profesionales del derecho, como José de la Riva-Agüero y Osma, autor en 1910 de *La Historia en el Perú*.

5.3 La historiografía del mundo andino: los inicios

Un hecho importante marca el desarrollo de nuestra historiografía, facilitando la incorporación de temas relacionados con el mundo indígena. Se trata de la promulgación de la Constitución de 1920 en la cual se reconocía a las “comunidades indígenas”. Así, otra vez se redescubre la “cultura andina” y se estudian sus bases sociales y culturales, particularmente la religión, tal como lo hicieron Hildebrando Castro Pozo con *Nuestra comunidad indígena*, Luis E. Valcárcel en 1925 con *Del ayllu al imperio*, o el arqueólogo Julio César Tello en 1923 con su *Wira-Kocha*, donde analizó mitos y representaciones iconográficas al estudiar un aspecto particular de la religión andina prehispánica. A fines de la década de 1940, la antropología había prendido bien en nuestro medio académico, y ello resultará fundamental para el desarrollo de toda una producción historiográfica que toca desde entonces, con mayor insistencia, los temas andinos. Están para demostrarlo nuevas obras de los ya mencionados Luis E. Valcárcel, con *Etnohistoria del Perú antiguo*, en dos volúmenes editados entre 1943 y 1949; y Castro Pozo con *El yanacanje en las haciendas piuranas*, publicado en 1947.

5.4 Historiografía sobre el Virreinato, la Emancipación y la República

Entretanto, otros historiadores consideraban que el periodo colonial en su tramo final, es decir, la fase independentista y los inicios de la República resultaban fundamentales para entender el resto de nuestra historia republicana y, naturalmente, bajo ese presupuesto se publicaron importantes trabajos. Pueden mencionarse muchas obras de los historiadores que empiezan a producir desde la segunda mitad de nuestro siglo y continúan publicando hasta el presente. Así, José Agustín de la Puente Candamo, con una larga carrera de historiador y maestro universitario, se ha ocupado permanentemente de este periodo, analizando aspectos doctrinarios y políticos, todo ello inspirado en los planteamientos de José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaunde, para proyectar sobre la historia peruana las

ideas de mestizaje e identidad nacional. Bastará recordar algunos de sus títulos: *San Martín y el Perú: planteamiento doctrinario* (1948); *Notas sobre la causa de la independencia del Perú* (1970); *Contenido social de la obra de San Martín en el Perú* (1978), como también *Teoría de la emancipación del Perú* (1986); y *La identidad peruana en lo hispanoamericano* (1992). De Armando Nieto Vélez S.J., quien se ha dedicado a temas relacionados con la historia política, institucional y de la Iglesia durante los periodos colonial, emancipador y republicano, mencionaremos solo algunas de sus obras, como *Contribución a la historia del fidelismo en el Perú (1808-1810)* (1956); *La Iglesia católica en el Perú* (1980); y *Francisco del Castillo, el apóstol de Lima* (1992). José Durand Flórez, quien fuera también autor de importantes obras sobre nuestra literatura, realizó trabajos históricos significativos como *La transformación social del conquistador*, que se publicó en 1958. José Antonio del Busto D., prolífico historiador que se ha concentrado en la historia de la conquista y colonización del Perú, se ha preocupado además por la confección de textos generales desde el incanato hasta nuestros días. Ha escrito, entre otros, *El Conde de Nieva, virrey del Perú* (1963); *Francisco Pizarro, el marqués gobernador* (1966); *Historia general del Perú. Descubrimiento y conquista* (1978) y *José Gabriel Tupac Amaru antes de su rebelión* (1981). Guillermo Lohmann Villena ha trabajado de manera bastante puntual y erudita el mundo colonial. Ejemplos de su amplia producción basada en la cuidadosa consulta de archivos pueden ser *Historia del arte dramático en Lima durante el virreinato: siglos XVI y XVII* (1941); *Las minas de Huancavelica (siglos XVI y XVII)* (1947) y *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias* (1957). Margarita Guerra M., quien cuenta hasta la fecha con numerosas publicaciones, se ha inclinado por el estudio de la República, y en 1965 escribe *Aporte de los informes de las estaciones navales francesas para la historia del Perú*; en 1983 el artículo "Los grupos y las tensiones sociales en el Perú de 1879"; *La ocupación de Lima (1881-1883)* en 1991 y *Antecedentes históricos del Código Civil de 1936* en 1996. Ahora ha empezado a incursionar en la historia de las mujeres.

En cambio, el siglo XIX no mereció la atención debida entre aquellos historiadores que por entonces se consideraban renovadores de nuestra historiografía, puesto que se concentraron

en el estudio de la economía y de la dependencia, temas caros al pensamiento marxista que influyó poderosamente en ese momento de transformación de los estudios históricos.

5.5 *Lo que sigue en la historiografía de nuestro siglo: los primeros cambios*

La historiografía peruana no ha sido uniforme y puede decirse que se han escrito numerosas obras históricas, de diferente manera y bajo premisas también distintas, que han dado lugar a una rica producción y a no pocos debates entre historiadores y aquellos especialistas de otras disciplinas que se sintieron llamados por la vocación histórica.

Mención especial merecen la destacada historiadora sanmarquina Ella Dunbar Temple y la autodidacta etnohistoriadora, polaca de ascendencia y peruana por nacimiento, María Rostworowski de Diez Canseco. La primera marcó época en la historiografía latinoamericana cuando escribió en 1945 y publicó por entregas en la *Revista Histórica* su tesis doctoral "La descendencia de Huayna Cápac", ya que se ocupó de un tema bastante dejado de lado al estudiarse la historia colonial, es decir, el comportamiento de los pobladores andinos, en particular de la elite incaica durante la Conquista y en la era virreinal, otorgándole un carácter protagónico. Sin embargo, su obra abarcó también diversos temas de historia diplomática e institucional. En el caso de la segunda de las mencionadas, su aporte ha sido y sigue siendo fundamental para la historiografía andina, particularmente por el cultivo que ha hecho del método etnohistórico. Sus publicaciones componen un vasto conjunto de temas, desde *Pachacutec Inca Yupanqui* que viera la luz en 1953, hasta su *Historia del Tawantinsuyu*, comprendiendo diversas monografías especialmente dedicadas a la historia de los pueblos de la costa en las épocas prehispánica y colonial.

Puede mencionarse también el caso de Edmundo Guillén, historiador preocupado por los temas andinos, con varios trabajos al respecto, entre los que citaremos su *Versión inca de la conquista* (1974), lo mismo que el de Waldemar Espinoza Soriano, quien se ha ocupado de incas, grupos étnicos y la crisis

del Estado incaico. Algunos de sus trabajos son: *Los huancas aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú (1558-1561)*, editado en 1971 y *La destrucción del imperio de los incas*, que se publicó en 1973. Espinoza Soriano se ha preocupado durante largo tiempo por dar a luz fuentes documentales que han facilitado el trabajo de los historiadores sobre temas andinos. Uno de los historiadores más destacados y maestro de muchos otros, sobre todo en lo que se refiere a estos temas ha sido Franklin Pease, con diversos trabajos entre los que destacan *Los últimos incas del Cuzco* (1972), *El dios creador andino* (1973), *Del Tawantinsuyu a la historia del Perú* (1978), *Las crónicas y los Andes* (1995), y otras obras más que le han permitido llegar a síntesis interesantes sobre las fuentes de los siglos XVI a XVIII, sobre la historia prehispánica y colonial y posteriormente sobre el periodo republicano. Su contribución en el campo de la publicación y crítica de las fuentes para el mundo andino es bastante conocida.

En general, esta nueva historiografía peruana emprendió la revisión de las fuentes tradicionales, el empleo de nuevos métodos de trabajo, como el etnohistórico, y una visión crítica de la historiografía precedente. Asimismo, otros se ocuparon de desarrollar una historia económica que dio lugar a numerosas obras en las cuales la actividad económica fue un asunto sustantivo para referirse a cuestiones sociales, políticas y aun religiosas de nuestro pasado. Estudios sobre el periodo incaico y la época colonial se han seguido haciendo, inspirados en el interés por el mundo andino.

Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos A.
1993 *Construir la historia: entre el materialismo histórico y Annales*. México D.F.: USAC. Escuela de Historia y UNAM. Facultad de Economía.
- 2000 *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX. Ensayos introductorios*. Rosario: Prohistoria & Manuel Suárez.
- APPLEBY, Joyce; Lynn HUNT y Margaret JACOB
1998 *La verdad sobre la historia*. Traducción de Oscar Luis Molina. Barcelona: Andrés Bello.

- BAZÁN DIAZ, Iñaki
1995 "Historia social de las mentalidades y la criminalidad". En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a Debate, III: 85-101.
- BASADRE, Jorge
1973 *El azar en la historia y sus límites, con un apéndice: la serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana*. Lima: P.L. Villanueva.
- BARROS, Carlos
1995 "La historia que viene". En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a Debate, I: 95-117.
- BIANCHI, Diana
1996 "Lucien Febvre y la Historia de las Mentalidades: del 'Lutero' al 'Rabelais' ". En María Luz González (ed.). *Actas del I Coloquio Internacional "La Historiografía Europea: autores y métodos"*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 41-80.
- BOCCARA, Guillaume
2001 "Mundos nuevos en las fronteras del Nuevo Mundo". *Nuevo Mundo, mundos nuevos*. E-review: 1-79
<[www.ehess.fr/cerma/Revue/index CR.htm](http://www.ehess.fr/cerma/Revue/index_CR.htm)>.
- BURGA, Manuel
1990 "La emergencia de lo andino como utopía (siglo XVII)". *Allpanchis*. 35-36: II, 579-598. Cuzco.
- BURKE, Peter
2000 *Formas de historia cultural*. Traducción de Belén Urrutia. Madrid: Alianza.
- CARDOSO, Ciro Flamarión y Héctor PÉREZ BRIGNOLI
1976 "Perspectivas hacia una historia total". En Ciro Flamarión Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (comps.). *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México D.F.: SepSetentas, 7-22.
- CARIÑO, Micheline
2001 "La frontera del debate de la historia, en los albores del nuevo milenio". Artículo difundido por correo electrónico de la lista de interés "Historia a debate" (h-debate@cesga.es).

CORCUERA DE MANCERA, Sonia

2000 *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

ELLIOT, John H.

1995 "Comparative History". En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a Debate, III: 9-19.

FLORES GALINDO, Alberto

1986 *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Primera edición. La Habana: Casa de las Américas.

FORSTER, Ricardo

1991 "La crisis de la racionalidad moderna". En Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman. *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Eudeba, 143-163.

JULIÁ, Santos

1995 "¿La historia en crisis?". En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a Debate, I: 143-145.

LE GOFF, Jacques

1991 *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*. Primera edición en español. Traducción de Marta Vasallo. Barcelona, Buenos Aires y México D.F.: Paidós.

PEASE, Franklin

1976-1977 "Etnohistoria andina: un estado de la cuestión". *Historia y Cultura*. 10: 207-228. Lima.

1977 "Etnohistoria andina: problemas de fuentes y metodología". *Estudios Andinos*. 13: 167-181. Lima.

PIQUERAS, José A.

2000 "Historia social y comprensión histórica de las sociedades". En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a Debate, I: 121-128.

RAMA, Carlos M.

1989 *La historiografía como conciencia histórica*. Tercera edición. Barcelona: Montesinos.

- REGALADO DE HURTADO, Liliana
2002 *El rostro actual de Clío. Historiografía contemporánea: balances y perspectivas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- RICOEUR, Paul
1979 "Presentación". En Paul Ricoeur *et al. Las culturas y el tiempo*. Traducción de Antonio Sánchez Bravo. Salamanca: Sígueme, 9-11.
- RODRÍGUEZ, Nora Inés
1998 *En torno al problema de la interdisciplinariedad: historia, geografía, geografía histórica*. San Juan, Argentina: Universidad Nacional de San Juan.
- ROMANO, Ruggiero
1997 *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- SCOTT, Joan
1993 "Historia de las mujeres". En Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- STONE, Lawrence
1981 *El pasado y el presente*. Traducción de Lorenzo Aldrete. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- TODOROV, Tzvetan
2000 *Los abusos de la memoria*. Traducción de Miguel Salazar. Barcelona: Paidós Asterisco.
- VIDAL JIMÉNEZ, Rafael
2000 "La Historia y la Postmodernidad". *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* 5.13 (febrero).
<www.ucm.es/info/especulo/numero13/index.html>.